

el mismo órden; solamente que las habitaciones eran mayores, y por la parte del jardín corria una hermosa galería, á la que tenian salida casi todas. La distribucion de las piezas era de este modo: una salita, dos gabinetes laterales, un cuartito de tocador, y un dormitorio con otro mas pequeño detrás para un criado. En el piso bajo estaban las cocinas, la sala de baños, la biblioteca y el oratorio, todo inmediato á la habitacion destinada para el médico.

Allí no faltaba nada; todo estaba calculado con admirable talento, para que los enfermos hallasen grata su estancia en aquel asilo encantador.

El jardín era una maravilla del arte: tenian juegos de aguas, pajareras y otros mil primores que le convertian en una morada deliciosa. Cerca de una fuente habia un lindo pabelloncito, decorado con la mas admirable elegancia. En él fué instalada Rosa-Pálida; desde su cama oia el concierto matutinal de las aves, el ruido de las fuentes, los susurros del céfiro, que gemia entre las flores, y esos melancólicos y encantadores sonidos que producen las ramas de los árboles al chocar unas con otras, agitadas por el viento.

Desde que fué arrancada por la benéfica mano de la condesa, de aquel fúnebre lugar, último refugio de las miserias del mundo, su naturaleza habia cambiado. No hablaba todavia; pero en su semblante iba poco á poco reflejando la luz de la inteligencia.

Sus grandes y lánguidos ojos, velados antes por una mirada amortiguada y triste, fueron adquiriendo un nuevo brillo y animándose segun las impresiones que aquella pobre alma, aletargada casi siempre, comenzaba á sentir.

Hasta los colores del traje que llevaba habian sido elegidos por la condesa; pues todo, hasta los menores detalles, debian influir poderosamente en su curacion.

Vestia un traje azul claro y ceñido al talle con un cordon de seda y desprendido en profusos pliegues hasta el suelo. Llevaba el cabello muy bien peinado, sujeto atrás por dos trenzas, en las que ella misma colocó un ramito de flores. Acaso este fué el primer acto espontáneo de su voluntad.

El doctor negro, que desde que ella estaba allí, iba con mucha frecuencia á la colonia, habia estado observando desde su ventana. Sorprendido por tal movimiento, dejó el libro en que leia y salió al jardin.

—Rosa-Pálida: ¿qué haces? la gritó desde léjos.

Ésta, experimentando un involuntario estremecimiento, se volvió con rapidez, iluminándose su rostro de una viva alegría al reconocer al doctor.

—Mirad: ¡me pongo flores!.... quiso decir con un signo; pues sus labios no articularon ni un acento.

—¡Oh! ¡qué triunfo para la ciencia!.... murmuró el doctor á media voz: vá recobrando todos sus sentidos; solo le falta el habla.

—Y bien: ¿te gustan las flores? la preguntó con el acento rudo, tan natural en él cuando se dirigia á cualquiera que no fuese la condesa.

No tuvo tiempo de hacerse cargo de la respuesta; porque sintió el metálico sonido de un timbre que anunciaba la llegada de Blanca.

—¡Ella!.... murmuró lanzándose á través de las calles del jardin, hasta salir al vestibulo.

Ya se habian apeado del carruaje y entraban en el salon de descanso Blanca, Guillermina y las dos huérfanas.

Renata, pálida aun y convaleciente de su funesta caída, iba sosteniéndose en el brazo de su hermana.

Aquel mismo dia, viéndola fuera de peligro, y cuando Blanca fué á buscarlas para que visitasen la colonia, les reveló su parentesco, su origen y la triste historia de su vida.

Las candorosas niñas gozaron ámpliamente la satisfaccion de ser hermanas, sin pensar en la larguísima série de amarguras y padecimientos por que tendrian que pasar hasta recobrar la herencia de sus padres.

Besaron repetidas veces con lágrimas en los ojos las manos de sus protectoras, declarando con toda la efusion de su corazon, que renunciaban á su fortuna si aquella habia de servir para separar-

las del lado de Guillermina, ó para proporcionar cualquier disgusto, tanto á ésta, como á la condesa Blanca.

Senen manifestó con el silencio su gratitud.

A veces no hay elocuencia mas sublime que la del silencio. El generoso y entusiasta jóven, que amaba á Guillermina con un ardor demasiado intenso para ser fraternal, recibió la noticia de que no estaba ligado á ella por ningun lazo de parentesco, con un júbilo infinito.

Ya no se creía el pobre huérfano, sin nombre y sin fortuna, sino el primogénito de Alvarez Leal, heredero de una ilustre casa y de riquezas sin cuento. Es verdad que tenia que disputárselas á un hombre indigno, y debian temer de él toda clase de asechanzas; pero, ¿qué le importaba?... si la justicia, el derecho y la inocencia estaban de su parte!.... Desde luego, sin temor y sin consideracion ninguna, hubiera presentado su queja á los tribunales, á no haberle detenido la súplica de Blanca, que les dijo:

—Aguardemos la llegada de fray Benigno;.... yo tambien aplazo mi venganza para ese dia..... respiren en tanto los que han de sufrir todo el peso de mi justa cólera.

Esta consideracion le hizo callar, y aguardando pacientemente el dia venturoso en que habia de recobrar su nombre, se entregó á las dulces expansiones de la fraternidad, amando á sus hermanos y procurando que, á fuerza de amor y caricias, olvidase Renata todos sus dolores pasados.

El fraile no volvió por la quinta de la Retama; sin embargo, no faltó quien indicára á Guillermina que un hombre sospechoso rondaba por los alrededores; temiendo ésta por las niñas, comunicó su alarma á la condesa, y entre las dos resolvieron llevarlas á la colonia, siendo este el motivo que las conducia á la casa de curacion.

El doctor fué á recibirlas al salon; Guillermina, al verle aparecer, sintió un estremecimiento involuntario, como le acontecia siempre que se hallaba en su presencia. Empero, supo dominarse, y alargando la mano, que el doctor estrechó con galanteria, le dijo:

—Adios, amigo doctor; tambien nosotros venimos á visitar á V.

—¡Oh, señoras!... es un honor que sabré apreciar debidamente.

—Guillermina deseaba conocer la colonia, se apresuró á decir la condesa, que poco amiga de galanterías, cortaba siempre por medio; y al mismo tiempo venimos á confiar á V. un depósito, si nos concede la gracia de admitirle.

—Todo cuanto venga de su mano; mi único deseo es complacerlas.

—Pues bien, aquí está; estas dos niñas están amenazadas, necesitan un asilo impenetrable, seguro, y un defensor leal; y acudimos á V.....

—¿Para confiármelas? interrumpió el doctor.

—Justo, ¡á quién mejor! repuso Guillermina.

—Mil gracias por la confianza.

—¿Pero admite V. el depósito?

—Con mucho gusto; habitarán el pabellon que ocupa Rosa-Pálida; es muy bello, muy poético, y desde luego aseguro les gustará.

—¿Y cómo se halla esta infeliz? preguntó la condesa.

—Vá mejorando de dia en dia.

—¡Oh! vamos á verla; así las niñas conocerán su nueva morada.

El doctor las precedió para enseñarlas el camino.

Entraron en el jardin, dispersándose por él como ligeras mariposas Zoa y Renata, así que distinguieron la profusion de flores que ostentaban sus abiertos cálices, sin embargo de ir avanzando el otoño.

—¡Qué locas! murmuró Guillermina; ¡ya nos dejan!

—¡Infelices! ¡han sufrido tanto!... dijo el doctor.

—Pero todos sus dolores hállanse compensados por el placer que han sentido al reconocerse hermanas, añadió Blanca.

—Y Senen, ¿dónde queda? preguntó el doctor.

—Fué á reunirse con el conde del Olivo, donde permanecerá mucho tiempo, á fin de que si fray Severo intenta perseguir, no

encuentre á ninguno en mi casa; esta ha sido la idea que nos llevamos.

—¡Muy acertada! en cuanto á las niñas, aquí estarán perfectamente; yo me encargo de su seguridad.

—¿Pero tendrá que permanecer constantemente en la colonia? exclamó Blanca.

—Estaré si es necesario y en ello complazco á la señora condesa, añadió el doctor con un tono que no estaba exento de cierta conmoción. Estas palabras las acompañó con una mirada tan profundamente triste, que Blanca no pudo menos de exclamar para sus adentros:

—¡Ya piensa que lo hago por alejarle de mi lado!... ¡es mucho amor el de este hombre!...

En tanto habian llegado al pabelloncito: Rosa-Pálida, despues de colocar las flores en su cabellera, cogió una porcion de ellas en su falda, y sentándose en las gradas del vestibulo que formaba ingreso al pabellon, se entretenia en formar ramos, que iba atando con cordones de seda, que arrancaba de las borlas de su bata.

—¿Qué hace? exclamó Blanca apenas la percibió; ¿ya se ocupa en algo?...

—Sí, señora; y hoy he visto en ella una accion que me ha sorprendido: se ha puesto un ramo de flores en el cabello.

—¡Qué cosa tan rara!... ¡conserva el instinto de la coquetería!...

—¿Y quién es esa señora? preguntó Guillermina.

—Una pobre idiota que recogimos en un cementerio, y vamos consiguiendo que recobre sus sentidos á fuerza de presentarla emociones y objetos nuevos que la conmuevan y hagan efecto en su turbado espíritu.

—¡Ya nos ha visto! dijo el doctor.

—Me ha conocido y se levanta, exclamó Blanca, haciéndola con la mano un cariñoso saludo.

Rosa-Pálida, dejando caer en el suelo todas las flores que tenia en la falda, se levantó, y llevando en la mano dos lindos ramitos,

se acercó con muestras de visible alegría á ofrecérselos á las dos señoras.

—¡Qué maravilla, doctor! exclamó Blanca. No solo se han despertado en ella instintos de coquetismo, sino de galantería tambien. Luego, tomándolos con cariño, la dijo: mil gracias; este será para mí un precioso recuerdo; yo en cambio voy á hacerte un obsequio y una súplica.

La idiota sonrió de una manera que demostraba su clarísima comprensión.

Blanca, quitándose el reloj que llevaba pendiente de una riquísima cadena, lo colgó al cuello de Rosa-Pálida, que con un júbilo estremado besaba la joya y la mano de su protectora.

—Este es el obsequio; la súplica te la diré, añadió Blanca llamando á las dos niñas, que se habian sentado en un banco próximo, cansadas de correr y perseguir mariposas.

—¿Nos llamaba V.? dijeron acercándose y mirando con cierta curiosidad la demacrada figura de Rosa-Pálida.

—Sí, venid; ¿ves estas niñas? preguntó á la idiota.

Ésta, sintiendo una conmocion profunda y con los ojos llenos de lágrimas, contestó por señas afirmativamente.

—Pues bien, continuó diciendo Blanca; van á vivir contigo aquí, en este pabellon, donde permanecerán ocultas, porque hay un hombre que quiere asesinarlas; ¿lo comprendes? ¿no es verdad?

—Sí, sí; proseguid, repitió con un vivo movimiento de cabeza la infeliz.

Blanca continuó:

—Es preciso que estés alerta, las defiendas, y si algun peligro las amenazase y necesitases socorro, procurárselo con todas tus fuerzas, porque son huérfanas, desgraciadas, y yo las quiero!...

La idiota tomó de la mano á la condesa, subió las gradas del vestibulo, y mostrándole el cordon de una campana que caia cerca de una ventana, empezó á tirar, manifestando en todos sus ademanes, que cuando se viese apurada, tiraria de la campana para que el doctor acudiese en su auxilio.

—Eso es, eso; me has comprendido; tú servirás de madre á esas pobres huérfanas, dijo Blanca presentándoselas.

Rosa-Pálida las recibió en sus brazos, acariciándolas con muestras visibles de la mayor ternura.

El rostro de la pobre loca se habia iluminado con un rayo de inteligencia; en sus antes abatidas y pálidas facciones, brilló la animacion y el subido carmin que produce el repentino placer que siente un alma acostumbrada á sufrir.

Los espectadores de aquella escena estaban asombrados; el doctor mismo, tan impasible de ordinario, miraba con admiracion cómo iban despertando á impulso de nuevas y desconocidas sensaciones los aletargados sentidos de aquella muger que por espacio de tantos años permaneció en el idiotismo y la estupidez mas completa. —

Ella, sin pensar siquiera que la miraban y como empezando á cumplir el encargo que la confiaban, se sentó en un banco, puso á las niñas á su lado, y ciñendo sus cinturas con sus enflaquecidos brazos, las miraba sonriendo llena de gozo, y manifestando con su espresiva mímica, que ella las defenderia con todo el ardor de su corazon.

—¡Pobrecilla! ¡qué buena es! decian las niñas devolviéndola sus caricias.

—¡Qué felices seremos en este lindo pabellon! dijo Renata.

—Pero enséñanosle, añadió Zoa; si por dentro es tan bonito como por fuera, parecerá un nido de amores.

—Venid, venid, dijo la muda con espresivos ademanes.

—El nombre le cuadra, añadió Blanca.

Efectivamente, nada mas dulce, mas poético, mas encantador que aquel elegante albergue medio escondido entre los frondosos árboles, rodeado de fuentes, pájaros y flores, y donde, gozando la melancólica calma de la soledad, inspirábase toda alma sensible, estasiándose con todas las bellezas del arte y de la naturaleza, que se agrupaban en el pabellon denominado por Zoa «un nido de amores.»

CAPÍTULO XXIV.

El padre y el hijo.



UNQUE tengamos que retroceder algunos días de los acontecimientos que vamos narrando, bien merece que consagremos unas líneas al reconocimiento del padre y del hijo, del simpático conde del Olivo y del no menos simpático cuanto desventurado Ildemaro.

Desde el día que tuvieron la primera estrevista en los jardines de la quinta de la Retama, procuró el conde continuamente ver á la marquesa de Blancarosa, siendo infructuosos todos sus esfuerzos, porque siempre se negó á recibirle; en aquel apuro y dejando á un lado toda clase de consideraciones, resolvió escribirla, diciéndola únicamente estas palabras:

«Señora: un deber de conciencia me obliga á dirigir á V. una pregunta, rogándola con toda la efusion de mi alma que me diga la verdad, como si fuera en los últimos momentos de su vida. Hé-la aquí: ¿Quién es el padre de aquel niño que tuvo Rosa, la jóven que V. conoció en su juventud?

»La suplico me conteste; pues acaso de sus palabras dependa la fortuna ó la infelicidad de un jóven digno de mejor suerte.

S. S. Q. S. M. B.

El Conde del Olivo.»

Este lacónico billete fué contestado con otro, concebido en estos términos:

«Señor conde: si quiere V. saber quién es el padre de Ildemaro, ponga la mano en su corazon y se lo dirán sus latidos, y si aun sobre el grito de la sangre necesita una prueba real, busque el lunar en su pecho, la mancha roja sobre su lábio superior, vea las mismas señales que tiene él, y compare si son iguales.

»Rosa ha desaparecido del mundo; no pretenda V. nunca buscarla, porque ha muerto para el padre y para el hijo. Una cosa le suplico, en pago de mi franqueza: que jamás le revele el nombre de su madre.

S. S. Q. S. M. B.

Cristina.»

Apenas el conde recibió esta carta, se fué á la calle de la Aduana, núm. 42; subió al cuarto principal y preguntó por Ildemaro.

—No está en casa, le contestó un criado.

—¿Y el doctor Alonso? preguntó de nuevo el conde.

—El doctor, sí señor; ¿quiere V. verle?

—Lo deseo, dijo pasando, á una indicacion del criado, desde la antesala al salon.

—¿A quién deberé anunciar? preguntó éste.

—Al conde del Olivo.

Instantes despues resonó la sonora voz del doctor negro, que desde su gabinete invitaba al conde para que pasase adelante.

—Sentiria molestar; ¿está V. ocupado? preguntó éste.

—No, señor; V. nunca interrumpe mis ocupaciones, y en prueba de ello, voy, con su permiso, á continuar vistiéndome; pues he prometido á Ildemaro acompañarle en el solemne acto que hoy debe tener lugar, y como la hora se acerca, no quiero hacer falta.

—He venido á buscarle y me han dicho que no está en casa.

—Salió temprano, acaso con objeto de repartir papeletas de in-

vitacion. ¡Oh! es un noble jóven; hoy casi me ha hecho llorar, á mí que no me conmueve nada!....

—¡Por qué! ¿cuénteme V.?...

—Es el caso, que la condesa, queriendo recompensar el mérito en las artes, abrió un concurso artístico-literario, ofreciendo grandes premios á los autores de las mejores obras que se presentasen.

Ildemaro presentó varios cuadros, habiendo uno de ellos obtenido por unanimidad el primer premio; y no se diga que aquí puede haber parcialidad, pues han sido juzgadas las obras por personas sumamente entendidas y que no conocen á los autores y mucho menos á nuestro jóven amigo, cuyo nombre es completamente desconocido.

Hoy se reparten los premios con toda solemnidad, asistiendo un concurso numerosísimo y escogido, y deben los agraciados presentarse á recibirlos acompañados de sus padres ó maestros; debiendo declarar su nombre en alta voz para que sea grabado en una medalla de oro.

Pues bien; esta mañana me dijo Ildemaro:

—«Amigo doctor: mi cuadro ha sido premiado; pero estoy decidido á renunciar esa gloria, que se me concede con una condicion que yo no debo aceptar.

—» ¡Veamos á ver cuál es!

—» Debo decir mi nombre en alta voz, reconocer el cuadro por mío, y presentarme acompañado de mi padre ó mi maestro á recibir la recompensa.

—» ¿Y tú no puedes hacerlo? le dije.

—» No señor; al pronunciar mis lábios el apellido que llevo por caridad, me subiria al rostro el rubor de la vergüenza, y prefiero callar, dejando que mi obra se declare anónima; por otra parte, tampoco tengo padre que me presente.

—» Eso no; en cuanto al apellido que llevas, es el de un hombre honrado, y si no tienes padre, yo lo seré; no tengo inconveniente en adoptar por hijo al genio de primer órden que empieza á lanzar sus primeros resplandores en el hermoso horizonte de nuestra patria.

—» ¡Bendito sea mil veces su generoso corazón! exclamó arrojándose en mis brazos lleno de lágrimas y poseído de la más viva gratitud.

—» ¿Conque aceptas? le dije; y como aun vacilase, me apresuré á exclamar: Ya conoces mi carácter; una repulsa será para mí una ofensa, y un insulto para la condesa, que ofrece los premios.

—» ¡Ah! ¡no quiera Dios que yo pueda nunca ofender á mis nobles bienhechores.

—» Entonces, á la hora convenida iré á buscarte; adios.»

—Ildemaro salió triste, abrumado por ese infortunio inmenso que le martiriza y anonada; y yo, despachando con brevedad mis asuntos, me dispongo como veis para cumplirle mi palabra.

El doctor calló, dirigiendo una investigadora mirada al conde, que con la frente apoyada en la palma de la mano, permanecía meditando cerca de una mesa.

—¿En qué piensa V.? le dijo el doctor después de algunos instantes.

—En relevar á V. de ese cargo.

—¿Cómo! ¿qué dice V.?

—¿Que Ildemaro es mi hijo! exclamó con voz grave, llevándose una mano al corazón.

—¿Quién se lo ha dicho á V.?.... ¿tiene ya la prueba que buscaba?

—Me lo están diciendo los latidos de mi corazón y el incesante grito de mi conciencia.

—¿Pero una certidumbre!... ¿una prueba evidente!...

—Tengo el testimonio de su madre, y él debe tener en su pecho un lunar como este; el conde, uniendo á la palabra la acción, descubrió su pecho, mostrando un lunar del tamaño de una peseta.

—Justamente; yo se lo he visto varias veces, dijo el doctor; son idénticos y en el mismo sitio.

—Y bien: ¿se necesita más prueba?

—No, señor; bastan las que ya posee para reconocerle como hijo; por lo cual le felicito, porque el muchacho es una joya.

— ¡Mil gracias!... ¡ah! ¡vamos pronto! tengo viva ansiedad por estrecharle contra mi corazón.

— Sí, ¡vamos allá!... celebro haya V. llegado tan á tiempo, y estoy seguro que él por orgullo no habrá querido mandar á V. pa-peleta de invitacion; es tan altivo como un rey.

— El noble orgullo y la digna altivez es muy natural en los que se apoyan en la conciencia de su mérito y de su honradez.

Los dos caballeros continuaron hablando; poco despues, apoyados uno en el brazo del otro, bajaron, y montando en el carruaje que los aguardaba á la puerta, se dirigieron donde debia celebrarse la adjudicacion de premios.

Una concurrencia numerosa llenaba los salones, habiendo sido invitados á tan solemne acto las personas mas distinguidas de la corte y todas las notabilidades artísticas y literarias.

En nombre de la condesa Blanca, que, segun se anunció oportunamente, no asistia por estar enferma, se presentó su secretaria particular la vizcondesa de Kirmandik, que era una señora anciana con el cabello blanco, encorbada por el peso de la edad y cubiertos sus hermosos ojos por unos anteojos de oro, que contribuian á desfigurarla por completo.

Digo desfigurarla, porque supongo la suficiente penetracion en mis lectores para comprender habrán reconocido en la vizcondesa de Kirmandik á la misma Blanca con el disfraz que adoptó para subir á la buhardilla donde Adalberto y su familia perecian, víctimas de su cruel infortunio.

En este supuesto, prosigamos.

Cuando el conde y el doctor entraron en el salon, acababa de empezar la distribucion de premios; habiéndose dado principio por la seccion literaria.

Muchos jóvenes, llenos de ingenio y de talento, mostraron allí sus relevantes cualidades, dando á conocer su nombre y recibiendo con los aplausos y los abrazos de la distinguida asamblea un poderoso estímulo, una inspiracion vigorosa y lozana capaz de producir ópimos frutos y de recoger para lo sucesivo abundante cosecha de laureles.

La noble emulacion que allí les guiaba, su afan por distinguirse y el deseo de merecer el premio, eran otros tantos motivos para que se esforzasen en perfeccionar las creaciones de su ingenio, haciéndolas dignas de la recompensa prometida.

Despues de la seccion literaria, entró la de pintura. Ildemaro debía presentarse á recoger el primer premio.

Su magnífico cuadro estaba á la vista; todas las miradas se recreaban en aquel portento: en la obra maestra de la aplicacion y del genio.

El asunto era eleccion de la condesa Blanca.

Representaba una muger pálida, angustiada, llena de terror, que rechazaba con la mano derecha el hábito de la infamia, que debía vestir para ser conducida al cadalso.

Estaba en la capilla, rodeada del sacerdote, el verdugo y en segundo término algunas otras personas. Esta muger, jóven aun y bella, se daba un aire á la marquesa de Blancarosa.

—¡Quién sabe si esto sería un pronóstico!....

Uno de los caballeros que rodeaban á la fingida vizcondesa, que era la que en nombre de la condesa Blanca debía repartir los premios, preguntó en alta voz el nombre del autor del cuadro.

Un silencio sepulcral reinó durante algunos segundos; Ildemaro, sin despegar los labios, con los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho, permanecia apoyado en el cerco de una ventana.

El conde y el doctor Alonso se acercaron á él momentos antes de que fuese repetida la pregunta.

El padre y el hijo se miraron, penetrando el magnético fluido de sus ojos hasta el fondo de sus corazones. Se reconocieron y exclamaron á un tiempo:

—¡Padre mio!

—¡Hijo mio!

Ambos estaban trémulos, conmovidos; no eran dueños de pronunciar ni una sola palabra.

Cuando la voz volvió á resonar por tercera y última, preguntando:

—¿Quién es el autor del cuadro que ha obtenido el primer premio? el doctor contestó con enérgico y poderoso acento:

—Ildemaro de Cárdenas, hijo del conde del Olivo.

—Que se adelanten, repuso la misma voz.

Entonces y un poco mas repuestos de su emocion, se acercaron al sitio donde estaba reunido el Jurado.

Blanca, despues de un breve discurso y de haber dirigido las mas lisonjeras frases al jóven pintor, depositó en sus manos el codiciado laurel que debia servirle en lo sucesivo de un poderoso estímulo, alentándole en la senda de gloria que tan brillantemente empezaba á recorrer.

Retiráronse en medio de los aplausos y la admiracion de los circunstantes, que veian en aquel modesto jóven una esperanza legítima, un nuevo astro que ilustrase con su esplendor la historia de nuestra España.

El ansia de estar á sus anchas, sin testigos que coartasen los impulsos de sus corazones, los sacó fuera del salon sin aguardar á que terminase el solemne acto.

El doctor, comprendiendo que su presencia ya no era necesaria, los dejó ir. Atravesaron varias salas, recibiendo al paso las felicitaciones y los plácemes de innumerables personas, y diciendo á todos el conde en alta voz y poseido de un justísimo orgullo:

—¡Es mi hijo!... ¡Le creia perdido hace tantos años, y he vuelto á recobrarle lleno de laureles y de gloria!...

Enseguida tomaron el coche y se dirigieron á su quinta.

Apenas salieron, oyóse un tumulto extraño entre los convidados; una señora acababa de desmayarse.

Sacáronla fuera, y á poco rato estuvo en disposicion de marcharse á su casa, lo cual hizo efectivamente.

Era Guillermina.

La infeliz recibió una herida mortal con el público reconocimiento de Ildemaro por el conde. Ella le creia soltero; ignoraba la existencia de aquel hijo que llegaba de súbito á echar por tierra todas sus esperanzas de ventura.

Se retiró sola, no permitiendo que nadie la acompañase, y mu-

cho menos Senen, que debia tambien recibir premio por un cuadro y por una composicion poética.

Renata, convaleciente todavia, no pudo asistir al certámen, y su hermana se quedó acompañándola.

Guillermina, pálida, abatida y devorada por una tristeza cruel, entró en su habitacion diciendo á los criados, que no estaba en casa para nadie.

Hizo la casualidad que en el mismo instante entrase el conde con su hijo, y al escuchar esta órden, que fué transmitida por el mayordomo á los demás criados, pidió ver á las niñas, lo que efectivamente consiguió.

Las presentó á Ildemaro, anunciándolas el sagrado lazo que los unia; pero sin decir una palabra de su madre, lo que tampoco ellas se atrevieron á preguntar.

Renata ya le conocia y le amaba, teniendo un verdadero placer al verle tan feliz y tan satisfecho.

Zoa, sin saber por qué, recibió igualmente que Guillermina como una sorpresa, semejante descubrimiento. Mientras que Renata los felicitaba con la espresion de la mas viva alegria, ella se quedó fria, inmóvil, sin fuerzas para articular una palabra.

Se levantó y salió con el pretesto de ver si su tia podia recibirlos; pero fué mas bien por disimular su turbacion; sin embargo, entró en el gabinete de Guillermina y la dijo:

—Ahí está el conde del Olivo; ha venido á presentarnos su hijo; ¿no quiere V. recibirle?

—Estoy indispuesta; hazme el obsequio de disculparme con él, contestó la de Mendoza disimulando su disgusto.

—¿No le parece á V., querida tia, que semejante presentacion es bien impertinente, cuando ni anuncios teniamos de semejante acontecimiento? dijo Zoa, que no sabia disimular sus impresiones.

—¡No me digas nada!... hace tiempo que advierto en la conducta del conde cierta marcada frialdad, cierto retraimiento, que demuestra, no sé si desden hácia nosotros, ó profundo disgusto por su parte.

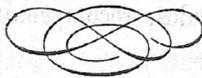
—¡Oh! lo que es hoy está radiante de alegria.

—Entonces será indiferencia; mirémosle á él lo mismo; sigamos su sistema y no tendremos nada que reprendernos.

—¡No sé!.... ¡no sé qué pensar!.... dijo Zoa quedándose pensativa.

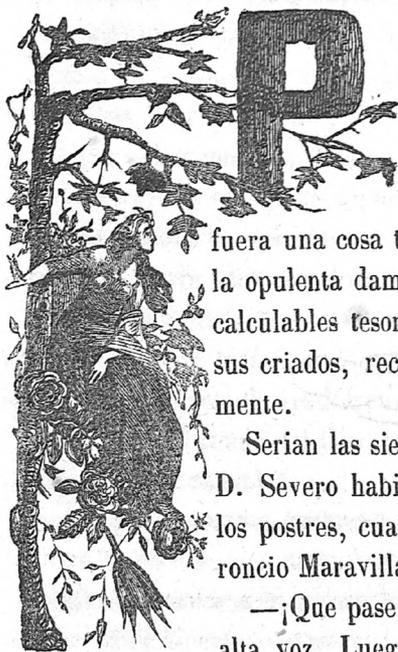
Guillermina fué á ocupar la butaca que abandonó al entrar Zoa, y permaneció en meditativo silencio.

Desde esta escena, sus relaciones con el conde fueron sumamente frias, y sobre todo evitó siempre con el mayor cuidado quedarse á solas con él; así no pudo tener lugar entre ellos ninguna explicacion ni la íntima confianza de otras veces.



CAPITULO XXV.

El palacio encantado.



OR fin llegó el domingo tan deseado por la marquesa de Blancarosa. Era el día que tenía dispuesto penetrar en el palacio de Blanca la Estranjera, como si fuera una cosa tan fácil descubrir los secretos de la opulenta dama que tenía á su disposición incalculables tesoros para comprar la fidelidad de sus criados, recompensándolos después pródigamente.

Serían las siete de la tarde; los dos esposos y D. Severo habían comido juntos. Ya estaban en los postres, cuando anunció un criado á D. Gerencio Maravillas.

—¡Que pase! ¡que pase! dijo la marquesa en alta voz. Luego, volviéndose hácia su esposo, añadió: Es nuestro introductor; él ha conseguido penetrar en el palacio encantado y se ha propuesto hacer que nosotros también admiremos aquel mágico paraíso.

—¡Oh! ¡muy bien venido! dijo el marqués levantándose para saludarle.

—Adios, señores; ¿cómo vá? estoy á sus piés, marquesa, dijo

Maravillas saludando á todos y estrechando sus manos con muestras de viva amistad.

—Me alegro que haya V. venido; nos acompañará á tomar café, exclamó la marquesa.

—¡Mil gracias! Aunque temprano, quise asegurarme de la determinacion de Vds. para dar las órdenes convenientes á fin de que no se nos oponga obstáculo de ninguna especie.

—Y bien: ¿todo está dispuesto? preguntó Cristina.

—Sí, señora; estoy convenido con uno de los criados, que nos facilitará la entrada sin riesgo alguno.

—Estos señores están un poco tímidos; sin embargo, me han ofrecido acompañarnos.

—Ciertamente, añadió D. Alvaro; obedecemos mas á la curiosidad que al temor.

—Es una cosa tan sorprendente lo que dicen de ese palacio, que ¿quién no se siente con ganas de admirar tantos prodigios? exclamó fray Severo mirando con sus ojillos de reptil á Maravillas, que se habia colocado á su derecha.

—¡Es verdad! Y por otra parte, el deseo de encontrar á nuestra hija, nos anima mas, repuso el marqués.

—Sí; ya se lo he dicho yo á D. Geroncio: ese mas bien es el móvil que nos guia, repuso la marquesa concluyendo de saborear el excelente café.

—¿Y á qué hora iremos? preguntó el fraile.

—Eso es lo que vengo á saber, contestó Maravillas; Vds. me dirán la que mejor les parezca; en el concepto de que nos esperan para facilitarnos la entrada desde las ocho á las doce de la noche.

—Yo por mí á cualquiera; estoy dispuesta desde ahora mismo, dijo la marquesa contestando á la interrogativa mirada que la dirigieron su esposo y D. Severo.

—Y nosotros estamos á sus órdenes, dijeron estos.

—Entonces, cuanto antes mejor; yo tengo una viva impaciencia por satisfacer mi curiosidad; por consecuencia, dejó á Vds. un momento que fumen sus habanos, en tanto voy á vestirme, y saldremos.

Efectivamente, lo hizo así; salió del comedor, y dando orden para que pusieran el coche, entró en su tocador.

Martinica y otra doncella la esperaban; concluyendo de vestirla á poco mas de las ocho.

Apenas terminó su tocado, salió vivamente Martinica y cambió unas palabras en voz baja con Diminuto. Instantes despues se destacaba una sombra entre los árboles del jardin; salió á la calle por la puerta falsa y se dirigió con rapidez al palacio de Blanca, entrando por la puerta de la calle de Alcalá. Casi al mismo tiempo se detuvo un carruaje en la de la Aduana.

Una señora y tres caballeros se apearon, un negro salió á recibirlos y los introdujo en un salon grande, triste y mal alumbrado, donde los hizo permanecer mas de media hora, habiéndoles prometido que volveria enseguida.

—¿No nos hará traicion ese negro? dijo la marquesa con cierto estremecimiento de terror.

—Creo que no; pues me ha parecido algo interesado, y sobre haber anticipadamente recompensado su trabajo, le he prometido doblar la recompensa á la salida, contestó Maravillas.

Don Alvaro y fray Severo temblaban, figurándose ver á cada momento la sombra de la condesa de Paraná.

Para llegar á la habitacion en que estaban, atravesaron varios salones y galerias, de manera que no les era fácil volverse; pues sin el auxilio del negro que les introdujo, no hubieran encontrado la salida.

Este temor les asaltó á los cuatro á un tiempo; pero resueltos á jugar el todo por el todo, avanzaron cansados de esperar, entrándose resueltamente en la pieza inmediata, cuya puerta encontraron franca.

Estaba desierta; era un salon con grandes rejas al jardin, por entre las cuales se percibia el follaje de los árboles.

Acercáronse á una de ellas y sintieron al otro lado los dulcísimos acordes de una música embelesadora.

—¡Escuchad!.... ¡escuchad!.... dijo la marquesa; ya empieza la parte bella de este paraiso.

Prestaron atencion.

—En efecto, dijo el marqués: se oye una lejana melodía.

—Salgamos; acaso por esta puerta iremos á parar al jardin, exclamó la marquesa abriendo la primera que se le presentó delante.

—Las demás están cerradas, añadió Maravillas recorriéndolas todas; no hay otra salida posible.

No se engañaron: comunicaban con el jardin, por donde, protegidos por la oscuridad y la sombra de los árboles, pudieron pasear

largo rato, ya acercándose, ya alejándose de la música, sin poder encontrar el sitio á donde resonaba, á causa del multiplicado laberinto de calles que se ofrecían á su vista.

En un momento que se adelantaron fray Severo y D. Alvaro, se aproximó la marquesa á Maravillas y le dijo:

—¿Conviniste con el negro en lanzar al fraile á la leonera? Ya sabes que su perdición es la señal de recompensa para tu amor.

—Sí, querida mia; hago todo cuanto me indicas con la sola esperanza de alcanzar un dia el anhelado premio que merecen mis sacrificios y mi constante cariño.

—Le obtendrás; todo tiene término en este mundo.

—¡Silencio! siento pasos, exclamó Geroncio retirándose á un lado; D. Severo y el marqués, que nada oyeron, siguieron adelante. Empero, no tardaron en volver atrás, porque habian sentido entre los árboles un ruido metálico como cuando se amartilla una pistola.

Al volver, se encontraron frente á frente con un negro alto, fornido, de vigorosa musculatura y de mirada feroz.

—¿Quién vá allá? dijo éste con voz de trueno.

Don Alvaro y su digno amigo temblaron de piés á cabeza, y hubiera causado su terror graves estragos, si Maravillas, reconociendo al negro que les habia introducido en el palacio, no hubiera salido exclamando:

—¡Somos nosotros!.... cansados de esperar, hemos salido al jardin.

—¡Imprudentes!.... exclamó el criado; ¿esperarse á ser descubiertos!

—Como tardaba V. tanto en ir á buscarnos....

—Estaba esperando á que se retire la condesa Blanca del pabellon, para que entren Vds. allí.

—Llévenos V. ahora, queremos conocerla; ese es nuestro mayor deseo, exclamó la marquesa.

—Sí, sí; lo primero es conocer á la Eranjera...., dijeron los tres hombres desechando á duras penas el miedo que aun les dominaba.

—Entonces no hay tiempo que perder; vengan Vds. por aquí.

El criado se dirigió por una calle de rosales.

Los cuatro personajes le siguieron en silencio, contemplando con admiracion cuanto se ofrecía á su vista.

Una imaginacion poética hubiera gozado mucho con tan bello cuadro. Oíase el viento gemir entre los árboles, el ruido de las fuentes, y á lo léjos los acordes de una música deliciosa.

Una hermosa y clarísima luna, destacándose de entre un grupo de nubes, iluminó el jardin, dejando ver la multitud de maravillas que encerraba aquel paraíso digno de un rey.

Conforme adelantaban nuestros personajes, oíanse mas cerca los acordes; al cabo de algunos instantes, halláronse delante de un lindísimo pabellon.

El negro abrió con sigilo una pequeña puerta escondida entre el follaje que alfombraba las paredes.

Entró; los otros le siguieron. Atravesaron una galería, entraron en un pequeño gabinete iluminado por la fantástica luz de la luna, que penetraba por las rejas.

Un rico portier de terciopelo carmesí cubria una puerta; el negro les dijo:

—Asómense Vds. por allí, y conocerán á la señora.

La marquesa fué la primera á levantar la cortina; sus tres acompañantes observaban por encima de su cabeza.

La música continuaba elevando sus melodiosos ecos, y en aquel momento se unieron á ella las dulcísimas voces de un coro de jóvenes que cantaban una estrofa oriental.

—¡Oh! ¡qué prodigio!... exclamó la marquesa atónita al contemplar ante su vista un cuadro que ni aun en sueños pudo nunca haberse imaginado.

Figuraos, amigos lectores, una galería rodeada de columnas de orden gótico, espléndidamente iluminadas por multitud de luces, con una fuente en medio, cuyos surtidores formaban juegos hidráulicos.

Empero, para conocer mejor aquel mágico recinto, podeis contemplar la lámina que representa este asunto; ella os dirá mas que mi pluma.

Los jóvenes de ambos sexos que cantaban y tocaban para divertir á su señora, eran todos negros y vestian unas caprichosas túnicas blancas, sujetas á la cintura por riquísimas fajas de seda carmesí bordadas de oro.

La atmósfera del salon estaba impregnada de orientales perfumes y del fragante aroma de las caprichosas y raras plantas que, colo-

